

97

EMPLEADAS

DOMESTICAS:

CRUZANDO EL

GÉNERO, LA

RAZA Y LA

CLASE DESDE

LAS REDES

SOCIALES.

INTRODUCCIÓN: *

Con este ensayo deseo contribuir al fortalecimiento de espacios de reflexión en torno a los vínculos entre lo simbólico y lo político por considerarlos imprescindibles para pensar críticamente el Perú de hoy. Creo que a pesar de cierto optimismo generalizado, hay muchas razones para considerar que el presente es bastante más problemático de lo que el sentido común local prefiere creer. Por ello, intentaré probar que el ansia del desarrollo económico en el Perú actual se sostiene en el ocultamiento de un núcleo duro de desigualdad y colonialidad que le es constitutivo, y que puede ser develado a través del arte con sencillas pero potentes operaciones simbólicas. Esta desigualdad, que oprime a amplios sectores de nuestra sociedad, afecta especialmente a las mujeres pobres y de raza indígena.

Para abordar este fenómeno, analizaré un trabajo reciente de la artista Daniela Ortiz, *97 empleadas domésticas*, a través del cual señala la colonialidad arraigada en el seno de lo doméstico, al seleccionar en las redes sociales fotos de familias de clase alta donde las empleadas del hogar están fuera de foco o recortadas de los encuadres. Considero que este proyecto artístico implica una potente pregunta por la posibilidad de la igualdad, pregunta hoy desplazada por el término “inclusión” y al mismo tiempo, nos ofrece una oportunidad para pensar la importancia de situar los problemas de género en un contexto específico, cruzándolo con las variables de clase y raza, sin las cuales probablemente sea imposible pensarlo en profundidad.

DESCRIPCIÓN DE LA OPERACIÓN ARTÍSTICA:

La apuesta conceptual y estética realizada por Ortiz al utilizar imágenes que circulan en las redes sociales se enmarca dentro de lo que en el arte contemporáneo es denominado apropiación. La artista no crea imágenes nuevas, sino que recurre a imágenes existentes y que circulan cotidianamente en la web en distintos perfiles de Facebook, para seleccionarlás a partir de una sencilla premisa: el desenfoque o recorte de los cuerpos de las empleadas domésticas que trabajan para quienes aparecen en primer plano en las fotos. Con este conjunto de 97 fotografías la artista realizó una instalación y una publicación, ambas del mismo nombre.

* Este texto fue mi trabajo final en el curso Género y Poder, dictado por Juan Carlos Callirgos en el ciclo 2013 - 2, para la maestría en Estudios Culturales. Fue la base además del 2do capítulo de mi tesis de maestría, “Cartografías de la deslegitimidad, evidencias de la desigualdad: Sencillos desplazamientos y complejas preguntas desde el arte contemporáneo al Perú actual”, que sustenté en setiembre del 2015.



La artista seleccionó las fotos de acuerdo a criterios específicos, en medio de una proliferación de imágenes que suelen pasar desapercibidas en su contexto habitual (las redes sociales), pero que al extraerlas del mismo para reinsertarlas en el espacio del arte son capaces de generar potentes preguntas: ¿Qué se oculta y qué se muestra en las fotografías? Al recolectar imágenes que retratan la íntima cotidianeidad de ciertos hogares, Ortiz está recogiendo evidencias palpables e innegables del lugar que ocupan las mujeres indígenas y pobres en nuestra sociedad. De ese modo, su propuesta está anclada en un espacio y tiempo específicos y en experiencias de vida elocuentes respecto de prácticas generalizadas en Lima, Perú.

En ese sentido se enmarca dentro del ímpetu feminista que intentó dar una voz colectiva a las distintas maneras en las que las mujeres han vivido las fuerzas sociales que determinan su forma de ser mujer, a partir de sus historias personales. Como sostiene Avtar Brah, “la cotidianeidad de las relaciones sociales de género - desde el trabajo doméstico y de cuidado, los empleos precarios y la dependencia económica, hasta la violencia sexual y la exclusión de las mujeres de los centros de poder político y cultural – ha adquirido una significación nueva a través del feminismo a medida que éste la ha rescatado del reino de lo “dado por supuesto” para interrogarla y desafiarla. Lo personal, con sus cualidades profundamente concretas pero aun así esquivas y sus múltiples contradicciones, adquirió nuevos significados con el lema de “lo personal es lo político”.¹

¹ Brah. Avtar. Diferencia, diversidad y diferenciación. En: Otras Inapropiables. Madrid: Traficantes de sueños, 2004. Pag.121.



(Vista de la instalación de *97 empleadas domésticas* en la exposición de la Casa de la Mujer, Juana Francés Exhibition hall, Zaragoza.)

En este caso el arte nos permite realizar pertinentes indagaciones sobre lo político detrás de la intimidad del hogar, y confrontarnos visualmente con los problemas que el feminismo ha intentado muchas veces abordar, aunque no de modo suficiente en nuestro contexto. Por el contrario, es un trabajo que sintoniza plenamente con la crítica que en 1984 Bell Hooks hace al planteamiento de Betty Friedan sobre el “problema que no tiene nombre”. Podemos remplazar Perú por Estados Unidos en el siguiente párrafo de dicho texto: “En Estados Unidos, el feminismo nunca ha surgido de las mujeres que de forma más directa son víctimas de la opresión sexista; mujeres a las que se golpea a diario, mental, física y espiritualmente; mujeres sin la fuerza necesaria para cambiar sus condiciones de vida. Son una mayoría silenciosa.”¹ Hooks señala que si bien Friedan abrió parte del camino al feminismo contemporáneo, su libro *La mística de la feminidad*, fue escrito como si esas mujeres no existieran, pues al invitar a las amas de casa blancas de clase media a liberarse, no decía “quien tendría entonces que encargarse del cuidado de los hijos y del mantenimiento del hogar si cada vez más mujeres, como ella, eran liberadas de sus trabajos domésticos y obtenían un acceso a las profesiones similar al de los varones blancos. No hablaba de las necesidades de las mujeres sin hombre, ni hijos, ni hogar. Ignoraba la existencia de mujeres que no fueran blancas, así como de mujeres blancas pobres. No decía a sus lectoras si para su realización, era mejor ser sirvienta, niñera, obrera, dependienta o prostituta que una ociosa ama de casa.”

¹ Hooks, Bell. Mujeres negras. Dar forma a la teoría feminista. En: Otras Inapropiables. Madrid: Traficantes de sueños, 2004. Pág. 33.

Copio esta larga cita de Hooks pues considero que su vigencia es preocupante en la medida en que podemos reconocer las mismas ausencias dentro de las agendas feministas locales que no asumen como primordial la situación de las trabajadoras domésticas, a pesar de ser un fenómeno que nos interpela diariamente y que tiene estrecha relación con nuestras formas de vivir. Hace falta un llamado de atención urgente sobre la posición en nuestra sociedad de quienes posibilitan tanto que las mujeres de clase media nos dediquemos a estudiar, trabajar y desarrollarnos profesionalmente, como que las familias de clase alta puedan mantener las formas y estándares de vida que eligen. En este caso, el trabajo de Daniela nos da insumos para repensar críticamente esta situación.

ESCONDIENDO A LAS MUJERES DEL TRAJE BLANCO (AUNQUE TE AYUDEN A PONERTE EN PIE)

Lo que el desenfoque y el recorte ayudan a poner sobre la mesa es una colonialidad constitutiva en el tipo de relaciones sociales que se cimientan en los espacios domésticos de las clases medias y altas a los que pertenecen las fotos.

Las trabajadoras del hogar son sistemáticamente evitadas en ellas, eligiéndose esconderlas a través de cortarlas, desenfocar el plano en el que se ubican o taparlas incluso mientras realizan el propio acto que posibilita fotografiar al niño que crían: cargarlo, sostenerlo, sujetarlo. Una vez notados, esos cortes en los encuadres generan por momentos un mayor contraste entre los colores de las pieles de quienes protagonizan las imágenes: la blancura de los bebés y los distintos ocre, sienas o marrones de las empleadas. Algunos ejemplos:







Estas imágenes reunidas resultan chocantes, a pesar de graficar situaciones que pueden pasar desapercibidas por su habitual naturalización. Los “reyes del hogar” en primer plano, parecen disfrutar sus condiciones de vida sin percatarse de quienes están detrás suyo, como una sombra, dispuestas a recoger lo que se les caiga, limpiar lo que ensucien, ayudarlos a andar con paso firme y proporcionarles lo que necesiten. Un estremecimiento puede recorrernos si nos empezamos a preguntar por el tipo de ideología que su forma de vida transmite a estos niños. ¿Son sus padres personas críticas capaces de inculcarles un trato horizontal a quienes trabajan en su casa? Es poco probable, pues la verticalidad de las relaciones sociales en nuestro entorno está profundamente arraigada y doblemente reforzada cuando hay diferencias de raza y clase.

Como sostiene Alberto Rutte, “el origen histórico de las características específicas del servicio doméstico debe buscarse en la colonización española – los servicios personales que debía prestar la población indígena a los colonos. Este sistema se prolongó de las haciendas a las ciudades durante la República, y aún hoy existen lugares en la sierra en los cuales superviven las viejas formas de servidumbre colonial. Pero, además de existir estas formas de servidumbre, en el desarrollo histórico del colonialismo interno se han conservado elementos ideológicos que justifican las nuevas formas de dominación en la “superioridad” del dominador; aunque el sistema en su conjunto se haya “modernizado”.²

2 Rutte, Alberto. Simplemente explotadas. El mundo de las empleadas domésticas en Lima. Lima, DESCO, 1976. Pag. 125.



Es así que estos niños pertenecen desde su nacimiento a un entramado de relaciones de dominación y servilismo sedimentado en siglos de explotación y articulado sobre la base del trabajo de un vasto grupo de mujeres que pertenecen a un universo posiblemente equivalente a aquel que describe Sueli Carneiro respecto de las mujeres negras en Brasil: “Somos parte de un contingente de mujeres que trabajó durante siglos como esclavo, labrando la tierra o en las calles vendiendo o prostituyéndose. ¡Mujeres que no entendían nada cuando las feministas decían que las mujeres debían ganar las calles y trabajar! Somos parte de un contingente con identidad de objeto. Ayer, al servicio de frágiles señoritas y de nobles señores tarados. Hoy, empleadas domésticas de las mujeres liberadas. Cuando hablamos de romper con el mito de la reina del hogar, de la musa idolatrada por los poetas, ¿en qué mujeres estamos pensando? Las

mujeres negras son parte de un contingente de mujeres que no son reinas de nada, que son retratadas como las anti-musas de la sociedad brasileira porque el modelo estético femenino es la mujer blanca.”³

Sería necesario estudiar las implicancias de estas diferencias de estatus social en la formación de las subjetividades de los niños de clases medias y altas, pues algo perverso se pone en acción cuando seres indefensos y frágiles comienzan a replicar prácticas abusivas y a reproducir las relaciones del modelo señor – siervo que son las que caracterizan las relaciones entre patrones y empleadas, más que las del modelo empleador – empleado. Así como es necesario visibilizar la desigualdad naturalizada mediante el trabajo de las empleadas domésticas es urgente preguntarnos por los efectos que este tipo de inicio en la socialización pueden tener en los niños pequeños. Como es la norma, “aunque en general es “la patrona”, es decir la dueña de casa, la que tiene a su cargo el control del trabajo de la empleada, el resto de personas de la familia tiene la facultad de ordenar a la empleada y ésta la “obligación” de servirles por igual.”⁴

3 Carneiro, Sueli, “Ennegrecer al feminismo: La situación de la mujer negra en América Latina desde una perspectiva de género”, *Nouvelles Questions Féministes* Volumen 24, No 2, 2005. Pag. 1.

4 Rutte, Op. cit. Pag. 77.

Es sabido que la llamada postmodernidad tuvo entre sus efectos a nivel global el declive de las figuras de autoridad y de las estructuras disciplinarias en relación a la educación de los niños, el cual ha ido promoviendo progresivamente un clima de horizontalidad entre padres e hijos. Aunque no pueda generalizarse totalmente esta tendencia en el caso peruano, sí podemos identificarla en los hogares de clases medias y altas, en los cuales este nuevo orden puede llegar incluso a resultar una inversión del anterior. No es extraño ver en calles, tiendas y espacios públicos a padres que parecen dominados por niños mandones y poco flexibles, que parecen muchas veces tener la última palabra, lo cual hace más obscuro el lugar que la empleada doméstica tiene en dichos entornos. ¿Es sobre su obediencia y docilidad que se cimienta esta supuesta “horizontalidad” entre padres e hijos?, ¿Existe la posibilidad de expandir este nuevo paradigma que privilegia la conversación y la negociación dentro de las familias hacia quien suele sostener muchas de sus dinámicas con su trabajo diario? Parece ser que ya no se permiten las relaciones verticales dentro de las familias pero la tendencia a la horizontalidad no puede si quiera rozar a estos sujetos borrosos y recortados.

Este ocultamiento de quien sostiene al engréido frente a la cámara, que le permite presentarse ante el lente para ser representado y empezar a construir una memoria personal, es cruel en tanto que oculta también la posibilidad de reconocer su rol en el desarrollo del retratado. Las figuras borrosas y tapadas carecen de rasgos distintivos que nos permitan individualizarlas, carecen de subjetividad. Las percibimos entonces como reemplazables. No parece haber evidencia de que sus personalidades y formas de actuar sean relevantes para el crecimiento de los niños que crían. No parece haber evidencia de que puedan existir lazos afectivos entre ellas y sus jefes en miniatura.

Esto es preocupante en tanto sabemos que esos lazos existen las más de las veces, aunque eventualmente esos niños crecerán y continuarán ejerciendo su poder sobre quienes trabajan para ellos mediante algún proceso de progresivo distanciamiento en el cual probablemente requieran transformar sus afectos e intimidades primarias en una frialdad, paternalismo o desprecio que les permitan insertarse dentro del orden social al que pertenecen. Por el contrario, este orden social se mantiene sobre la base de esta relación de subordinación, que se aprovecha de que “la empleada, mientras tanto, obedece porque está acostumbrada a hacerlo, porque se cree inferior, porque tiene miedo y vive asustada, porque le tiene cariño al bebé o a la patrona.”⁵

Es decir, los afectos juegan también un rol en este entramado complejo de vínculos ambiguos y poco estudiados. Un rol que puede entonces poner a la empleada en situación de mayor vulnerabilidad, pues su precaria situación la puede predisponer a asumir la aprobación y amabilidad de sus empleadores como razones para no exigir ciertos derechos o mejoras para su vida. Es imprescindible recordar que “estas relaciones son siempre asimétricas: son los patrones los que determinan

5 Portocarrero, Gonzalo. La dominación total. Debates en Sociología, nro 10. 1985. Pag.169.

el tipo de intercambio que se establece, quedando a la empleada (aunque no siempre) la posibilidad sólo de aceptar o rechazar los términos impuestos.”⁶

DETRÁS DE LA DIVERSIÓN, LAS SONRISAS Y LOS BRINDIS.

Otro grupo de fotografías que podemos identificar dentro de la serie recopilada por Ortiz es aquella en la que vemos diversas situaciones de celebración o esparcimiento, que también ofrecen importantes cuestiones para discutir.

En estas imágenes de jóvenes alegres y entusiastas, resulta especialmente simbólico el contraste entre sus feminidades y las de las empleadas. Estas chicas de clase alta muestran estar al día con las tendencias de moda al vestir y al peinar. Sus cuerpos esbeltos y sus rasgos fenotípicos las ubican como habituales protagonistas de páginas de sociales de los diarios y las emparentan con las imágenes publicitarias que inundan la ciudad. Nuevamente los cuerpos fragmentados y en segundo plano de las empleadas marcan la diferencia. Otras formas, tamaños, colores se mueven bajo sus uniformes. Formas, tamaños, colores de piel que no encajan con los prototipos de feminidad que pautea el mercado.



Nuevamente el uniforme es el indicador de la presencia de la empleada, con el cual se garantiza que sea imposible confundirla con alguno de los invitados, como si las diferencias físicas no fueran suficientes señales de su pertenencia a otro sector social. Es clara la función del mandil o uniforme como diferenciador de status y como elemento que homogeniza a las empleadas, quitándoles la posibilidad de performar un yo particular a través de su vestimenta.



Su subjetividad se oculta, impidiendo que por un segundo se olviden de sus deberes en el trabajo; en estos casos, asegurarse de que nada falta para asegurar la diversión. Es elocuente por ejemplo, que en tres de estas imágenes identificamos a la empleada cerca o dentro de la cocina, “como debe ser”.



Si consideramos como Teresa de Lauretis que “la construcción del género es el producto y el proceso de ambas, de la representación y de la auto-representación”, es evidente que algo complejo e interesante traslucen estas imágenes.⁷ Chicas de clase alta conscientes de que sus fotos circularán en las redes sociales (probablemente ese sea su fin) y que de este modo exhiben su afirmación de estar auto representándose como portadoras de una feminidad acorde a los patrones imperantes, que sin embargo es ajena a las mayorías de mujeres peruanas: ya sea por sus rasgos físicos, por su falta de recursos para vestirse, peinarse y ejercitarse como ellas, la suma de ambos factores o la decisión consciente de no desear encajar con el modelo publicitario de belleza femenina.

Esos cuerpos que exudan alegría y vitalidad, conscientes de su capacidad de satisfacer los cánones dominantes, están en el extremo opuesto de aquellos cubiertos con despersonalizados e inexpresivos mandiles que lo único que informan sobre quien los usa es su condición de estar al servicio de otros. Esos

⁷ de Lauretis, Teresa, “The Technology of Gender”, en: Technologies of Gender: Essays on Theory, Film, and Fiction, Bloomington: Indiana University Press, 1987. Pag. 15.

cuerpos juveniles que se broncean y lucen en el verano mientras los otros se mantienen inaccesibles al sol y a las miradas, articulan mucho de su experiencia social en torno al agrandar y al provocar, al ofrecerse para el deseo masculino y al negociar con ese deseo. En cambio, no parece haber lugar para relacionar al cuerpo y a la subjetividad debajo del mandil con la sensualidad, la sexualidad o el deseo. Tampoco para invitar a ese cuerpo y esa subjetividad a explorar sus formas de divertirse o celebrar, en tanto están restringidas a lo mínimo, repartidas entre sus horas de descanso y sus posibles vacaciones. Si en un caso reina la entrega (posiblemente) irreflexiva a las dinámicas vinculadas al “imperativo del goce” contemporáneo, en el otro el goce es una dimensión menor y marginal dentro de una vida dedicada a procurar las condiciones necesarias para que otros puedan disfrutar. Como lo diagnosticó Carlos Marx, “la enajenación aparece tanto porque mi medio de vida le pertenece a otro, porque lo que es mi deseo, propiedad inaccesible, es de otro, como porque cada cosa es de manera diferente a ella misma, porque mi actividad es de otro, como porque finalmente reina por sobre todo el poder inhumano.”⁸

¿Cómo se perciben a sí mismas como mujeres y posibles objetos de deseo las empleadas del hogar? Sería motivo de una investigación amplia y detallada el intentar determinar cómo se construyen las nociones de feminidad en las empleadas de este tipo de hogares, donde el género parece performarse de forma acrítica y obediente a las tendencias hegemónicas.

Es importante además enfatizar la diferencia entre los usos del tiempo y espacio para estos dos tipos de mujeres (si es posible simplificar de este modo), considerando que “en general, los patrones no parecen dar absolutamente nada que no se les haya reclamado con insistencia y están dispuestos, en cambio, a avanzar en el control de la empleada hasta donde ella lo permita. Con esta finalidad se emplean una serie de tácticas. La primera es procurar el aislamiento de la sirvienta y su reclusión dentro de la casa. Para ello se trabaja en dos frentes: se prohíben las salidas y, paralelamente, se satanizan las amistades o los espacios de donde puede venir una palabra amiga, un consejo liberador. Se trata, pues, de eliminar tanto la posibilidad objetiva como el deseo subjetivo.”⁹ Es decir, el mundo cotidiano de las empleadas como algo reducido y amenazado por los peligros del mundo exterior, en contraste con la cotidianidad de las chicas fotografiadas y sus visibles ansias por hacer el mundo suyo.

Pensar la forma en que género, raza y clase se entrelazan para ejercer este grado de dominación es necesario, pues como vemos en estas imágenes, la opresión hacia las mujeres varía dependiendo justamente de la articulación de esos factores. Como supo identificar Bell Hooks, muchas mujeres “pueden saber que sufren discriminación por su sexo, pero no califican su experiencia de opresión. Bajo el capitalismo, el patriarcado está estructurado de modo que el sexismo restringe el comportamiento de las mujeres en algunos campos, mientras en otras

8 Marx, Carl. Citado en Rutte, Op. cit. Pag.110.

9 Portocarrero, Op. cit. Pag. 167.

esferas permite una liberación de estas limitaciones. La ausencia de restricciones extremas lleva a muchas mujeres a ignorar las esferas en las que son explotadas o sufren discriminación; puede incluso llevar a imaginar que las mujeres no están siendo oprimidas.”¹⁰ Las fotos ponen en contraste a las mujeres más oprimidas de nuestra sociedad junto a grupos de mujeres que no parecen imaginarse oprimidas, aunque las podamos identificar como calcos de los regímenes de feminidad heteronormativos y hegemónicos, gozando de sus privilegios de clase de forma aparentemente inconsciente.

Debemos preguntarnos entonces qué significa la preservación de este orden de las cosas también como consecuencia de la permisividad de las empleadas, si es cierto que como prosigue Hooks, “la gente que está de verdad oprimida lo sabe incluso si no se compromete con una resistencia organizada o es capaz de articular de forma escrita la naturaleza de su opresión.”¹¹

REMECIENDO A LOS PROTAGONISTAS DE LAS PÁGINAS DE SOCIALES.

Otra de las aristas importantes de este proyecto artístico es la de su repercusión en el contexto que buscaba criticar. Aunque con cierto retraso, las personas que aparecen en las fotos llegaron a enterarse de su existencia y expresaron su protesta basándose en una supuesta inseguridad a la que se exponía a sus hijos por poner a circular sus imágenes en un contexto para el que no fueron pensadas.¹² Las quejas y amenazas llegaron a ser tan masivas que la artista retiró el proyecto de su página web y manifestó su postura con una contundente carta abierta en la cual critica cómo la preocupación por los derechos de imagen (principal argumento de los indignados) superó mediáticamente la discusión sobre la situación laboral de las trabajadoras del hogar.

Respecto a este uso denunciado como indebido por parte de los padres de los niños retratados, la artista comentó que las imágenes que circulan en Facebook bajo la categoría de “públicas” (como aquellas que utilizó) se exponen justamente a su apropiación por parte de terceros. Pero además, señaló que “el grupo social que aparece en el proyecto es constantemente retratado en la sección de “sociales” de revistas que se editan a nivel nacional como Cosas, Hola, Caras o Asia Sur. La sección de sociales de estas revistas no solo aparece en la versión impresa, sino también en sus páginas web y en las páginas de Facebook donde con un simple “Me Gusta” uno puede acceder a las imágenes así como a los nombres y apellidos de las personas que aparecen en ellas, incluidos también, los nombres y apellidos de los menores de edad. Dichas revistas no solicitan permisos escritos de manera legal a los padres de los niños que aparecen, ni

10 Hooks, Op. cit. Pag. 38.

11 Hooks, Op. cit. Pag. 44.

12 El rebote de esta polémica puede ver por ejemplo acá: <http://www.america.com.pe/portal/noticias/actualidad/artista-causa-pol-mica-con-fotos-de-facebook-para-representar-racismo-contra-empleadas-dom-sti> Consultado el 13/12/13.

hay ningún tipo de cesión de derechos de imagen de la gente que llena estas páginas. Los padres no consideran un riesgo que sus hijos salgan en estas revistas con nombre y apellido y hasta los lugares y eventos que frecuentan. En este sentido, entiendo que mi trabajo no hace la labor que llevan a cabo estas revistas de legitimar constantemente una clase social que permite la publicación de sus rostros y espacios privados sin ningún temor siempre y cuando sea dentro de un contexto en donde se les representa de manera “positiva”.¹³

La artista critica además en su respuesta pública el hecho de que las fotos de estas familias incluyen a sus empleadas sin habérselo consultado, exigiendo unos derechos para sí mismos que no les reconocen a ellas, con lo que surgen necesarias preguntas:

¿Qué evidencian las quejas y amenazas recibidas por la artista de parte de quienes se sintieron agredidos por este proyecto?, ¿Quiénes tienen derecho a usar la imagen ajena de alguien y dónde están los límites para estos usos, si es que existen?

En una sociedad donde la circulación de representaciones de mujeres es, aún en el siglo XXI, un problema insuficientemente criticado, es urgente reflexionar por lo que este incidente indica acerca de quienes tienen el derecho y el poder de generar representaciones de otros así como de poner a circular auto representaciones satisfactorias. Claramente las empleadas estarían en el último nivel de esta cadena, mientras sus empleadores gozan del privilegio de direccionar las lecturas y alcances de sus imágenes así como de reprimir y censurar aquellas que escapen a su acostumbrado control.

Estos comentarios en el Facebook sobre la discusión ejemplifican dos posibles posiciones al respecto, la primera relativiza el racismo señalado por cuestionar la procedencia de las imágenes utilizadas, poniéndose del lado de los “afectados”; la segunda, más crítica, es capaz de voltear el análisis de la situación relacionándolo con una dinámica bastante común pero poco problematizada:



Paula Meder Julia · Lima

si hay racismo nadie lo puede negar pero definitivamente esta mal y hasta creo que es ilegal poner foto de menores sin consentimiento de los padres y si un adulto sale en una foto lo min. que el artista puede y tiene que ser es pedir su permiso de publicarla

Responder · 👍 1 · Me gusta · Seguir publicación · 23 de septiembre a la(s) 10:49



Samuel Chambi Flores · Trabaja en Centro de la Imagen

cuando esta gente regresa de sus viajes con un monton de de fotos niños pobres de la sierra alli si no importan los permisos...

Responder · 👍 9 · Me gusta · Seguir publicación · 2 de septiembre a la(s) 14:09

¹³ <http://antigonía.com/2013/06/08/97-empleadas-domesticas/> Consultado el 13/12/13.

Más allá de si necesariamente los retratados en las fotografías se encuentran entre quienes consideran a las personas de la sierra como “parte del paisaje”¹⁴ es importante rescatar este señalamiento a una práctica habitual de parte de los limeños que viajan por el Perú fotografiando a sus habitantes sin preguntarse por el posible grado de objetivación implícito en su quehacer. Es claro que estamos habituados a no dudarle antes de capturar fotográficamente a quienes ubicamos en alguna posición de subordinación pero no a quienes identificamos como encarnaciones del poder. Utilizo la palabra captura al hablar de fotografía porque esta actividad no es inocente: es importante cuestionarla y preguntarnos por el grado de objetivación del otro representado por este medio. ¿De qué intereses se vuelve “presa” mediante este acto aparentemente fútil?

Así también, podemos pensar en los reportajes televisivos de cada verano en los que los periodistas van a las playas de la Costa Verde o de Santa Rosa a captar escena “pintorescas” del “pueblo” veraneando. La cámara no teme hacer acercamientos invasivos a los cuerpos de personas de clases bajas o abordarlos impetuosamente con micrófonos y cámaras. No así en el caso de Asia o balnearios similares, donde se mantiene una distancia respetuosa ante quienes detentan el poder y cuyos reportaje nunca tienen el tono de “nota curiosa”. Contra este aparente consenso sobre el derecho a representar ciertos cuerpos dependiendo de su raza, género y clase es que va dirigido el proyecto *97 empleadas domésticas*, y su posterior debate evidencia que da en el clavo.

Esta clara toma de posición por parte de la artista visibiliza lo que Nancy Fraser describe como la injusticia simbólica imperante, la cual incluye “la dominación cultural (estar sujetos a patrones de interpretación y comunicación asociados con otra cultura y ser extraños u hostiles a los propios); el no reconocimiento (hacerse invisible a través de prácticas representativas, interpretativas y comunicativas de la propia cultura); y el irrespeto (ser calumniado o menospreciado habitualmente en las representaciones culturales públicas estereotipadas o en las interacciones cotidianas).”¹⁵

Al estar atravesada simultáneamente por las opresiones de género, raza y clase, la situación de las trabajadoras del hogar padece tanto de la mala distribución socioeconómica como la falta de reconocimiento cultural, con lo que pensar su mejoramiento implica tanto operaciones redistributivas como de reconocimiento.

14 Como recordó nuevamente la reciente discusión sobre una foto en Ellos&Ellas de Caretas donde figuraba una modelo con nombre y apellido junto a una señora cusqueña anónima. La revista se disculpó de los reclamos y acusaciones de racismo preguntando: “¿Alguien se escandalizaría por la foto de una modelo con personajes creole en Nueva Orleans? ¿O con alguna mujer de traje colorido Bangalore? Todo lo que hace el reportaje de modas de ELLOS&ELLAS es resaltar el notable carácter estético del entorno.” (El subrayado es mío) <http://carmenilizarbe.lamula.pe/2013/10/19/la-respuesta-de-caretas/carmenilizarbe/> Consultado el 13/12/13.

15 Fraser, Nancy. “Crítica social sin filosofía: un encuentro entre el feminismo y el posmodernismo”. Sin fuente. Pag. 5.

Fraser recomendaba en estos casos intentar crear estrategias para atacar el problema económico de la redistribución mediante el socialismo y el problema cultural de la redistribución mediante la deconstrucción. En este horizonte aparece el arte para evidenciar cómo operaciones simples como aquella realizada por Daniela Ortiz pueden desmontar escenarios aparentemente armónicos y “normales”, incluso aparentemente “ideales”, como pueden resultar los hogares de clase media alta dentro de los ideales de progreso y exitismo que caracterizan la Lima del siglo XXI. Si como Fraser sostiene, la intersección de clase, raza, género y sexualidad intensifican la necesidad de soluciones transformativas podemos y debemos recurrir al arte como posible herramienta transformadora de los sentidos comunes que rigen nuestro orden simbólico.

En esa dirección parece apuntar la artista cuando tras haber decidido descolgar su proyecto de la web, por motivos de seguridad personal ante la cantidad de amenazas recibidas, remplace las imágenes con un texto explicativo de las circunstancias de su eliminación que termina así: “97 empleadas domésticas es un proyecto al que se puede acceder sin necesidad de ver la página web donde estaban seleccionadas apenas 97 imágenes; el proyecto se puede ver también en cualquier álbum familiar de la clase alta peruana así como en revistas de sociales.”¹⁶

Es decir, se nos invita a remirar las imágenes que circulan diariamente alrededor nuestro con otros ojos. Ojos críticos y deconstructivos, capaces de desarmar las narraciones modélicas que perpetúan la dominación por medio de fotos aparentemente tiernas y que generalmente son puestas en circulación como modélicas:



16 <http://www.daniela-ortiz.com/index.php?/projects/97-empleadas-domesticas/>

Es interesante notar que quienes se quejaban por la existencia de este trabajo artístico, aludían constantemente “a que en las imágenes no se muestra ningún tipo de agresión, sometimiento, violencia o discriminación hacia la trabajadora del hogar.”¹⁷ Pero la artista tiene claro que “precisamente el proyecto apunta a que este tipo de régimen laboral es en sí una situación de violencia, sometimiento, agresión y discriminación debido a una condición laboral que no es reconocida ni fiscalizada por el estado y la cual queda siempre en manos de los empleadores como únicos garantes de los derechos de estas personas.” Es decir, la discusión ha hecho evidente que los padres indignados no son capaces de percibir la violencia simbólica que las imágenes desprenden porque consideran que ya cumplen su cuota de civilidad al no maltratar físicamente a sus empleadas. Parece haber una inconsciencia grave respecto del grado de violencia psicológica y simbólica que aun caracterizan las dinámicas en torno a este trabajo en su gran mayoría.

En el año 1985, y a partir de testimonios existentes, Gonzalo Portocarrero afirmaba que con la violencia verbal y física “se busca, por su intermedio, suscitar el terror y la obediencia. También destruir el orgullo personal, creando la sensación de ser indefensa y absolutamente dependiente. Para ello todo vale: las manos, los pies, el látigo, el ají, el agua hervida. la plancha y otros objetos contundentes.”¹⁸ Hoy, aunque podamos imaginar que la violencia física puede haber dejado de ser la norma en estas relaciones laborales, podemos también reconocer que las características objetivas de la labor (horas de trabajo versus salario, seguro, vacaciones etc, infraestructura y servicios para la empleada como cuarto donde dormir) no ayudan para nada a hacer que este oficio deje de ser sinónimo de explotación. Por ello considero que mucho del discurso de no violencia en estos casos, parece ser más consecuencia de la expansión de la corrección política, que una sincera intencionalidad de mejorar la situación de las empleadas y generar vehículos para garantizar que realicen su trabajo en condiciones dignas y justas.

RETOS Y OPORTUNIDADES DESDE LA OPRESIÓN.

El proyecto *97 empleadas domésticas* es un ejemplo de la capacidad del arte para ayudar a la deconstrucción y crítica de las estructuras de dominación persistentes en nuestro entorno, que en este caso se hacen especialmente cruentas en su superposición de raza, género y clase.

En ese sentido es imperativo convocar todos los medios y lenguajes posibles para ampliar la visibilización y discusión de un tema que no ha sido aún criticado en la esfera pública ni incluido en las agendas feministas locales con la prioridad que merece. Como sostiene Rocío Silva Santiesteban, “negar lo evidente y restaurar relaciones feudales de servidumbre ha sido la reacción de los empleadores; mantener la “cerviz agachada” en un acto de servilismo, también es preciso

¹⁷ <http://antagonia.com/2013/06/08/97-empleadas-domesticas/>

¹⁸ Portocarrero, Op. cit. Pag. 165.

decirlo, la manera de sobrevivir de las empleadas. Aún cuando hoy muchas han asumido su propia identidad dejando atrás el estigma de criadas o sirvientas.”

Esta condición tan adversa que he venido describiendo podría sin embargo resultar una oportunidad para el análisis y el auto reconocimiento de las mujeres trabajadoras del hogar dentro de la sociedad, a partir del cual se podría asumir un posicionamiento capaz de pensar alternativas a lo que está tan arraigado pero que sin embargo debe y puede transformarse. Es interesante en ese sentido la forma en que terminaba el ensayo de Bell Hooks sobre cómo dar forma a la teoría feminista desde las mujeres negras: “Como grupo, las mujeres negras están en una posición inusual en esta sociedad, pues no sólo estamos como colectivo en el fondo de la pirámide ocupacional, sino que nuestro status social es más bajo que el de cualquier otro grupo. Al ocupar esa posición, aguantamos lo más duro de la opresión sexista, racista y clasista. Al mismo tiempo, somos un grupo que no ha sido socializado para asumir el papel de explotador/opresor puesto que se nos ha negado un “otro” al que podamos explotar u oprimir – los niños no representan otro institucionalizado aunque puedan ser oprimidos por sus padres. Las mujeres blancas y los hombres negros están en ambas posiciones. Pueden actuar como opresores o ser oprimidos y oprimidas.”¹⁹

Podemos cambiar las mujeres negras de las que habla por las mujeres indias o cholas de nuestro contexto y hacer lo mismo con los hombres negros y los hombres indios. Ellos y las mujeres blancas de nuestra sociedad (donde la blancura pasa también por una condición económica y cultural más que exclusivamente por el color de piel) tienen a la mujer india como ese otro a quien explotar. El paradigma de este otro oprimido es la empleada doméstica de las fotografías y como vemos, los niños también tienen en ella a alguien con quien socializarse como opresores. Es decir, que en su posición articulada a partir de las más dura opresiones sexistas, clasistas y racistas, las empleadas podrían, como propone Hooks, utilizar su experiencia de vida para formar su conciencia de manera que su visión del mundo difiera de la de aquellos que tienen cierto grado de privilegio – por muy relativo que este sea en el sistema existente.

Esto podría potenciar su agencia dentro de las iniciativas y cuestionamientos para revertir su situación, así como para enriquecer las débiles luchas feministas locales, a partir de reconocer el especial punto de ventaja que su marginalidad les otorga y “hacer uso de esa perspectiva para criticar la hegemonía racista, clasista y sexista, así como para imaginar y crear una contra – hegemonía.”²⁰ Así como Hooks sostenía que las mujeres negras de los 80s tenían un “papel central que jugar en la formación de la teoría feminista y una contribución que ofrecer que es única y valiosa”, es necesario reconocer la potencia de la experiencia de las trabajadoras del hogar para una crítica aguda y profunda de la opresiones vigentes en nuestro contexto.

19 Hooks, Op. cit. Pag. 49.

20 Hooks, Op. cit. Pag. 50.

BIBLIOGRAFÍA:

Brah. Avtar. Diferencia, diversidad y diferenciación. En: *Otras Inapropiables*. Madrid: Traficantes de sueños, 2004.

Carneiro, Sueli, "Ennegrecer al feminismo: La situación de la mujer negra en América Latina desde una perspectiva de género", *Nouvelles Questions Féministes* Volumen 24, No 2, 2005.

de Lauretis, Teresa, "The Technology of Gender", en: *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film, and Fiction*, Bloomington: Indiana University Press, 1987.

Fraser, Nancy. "Crítica social sin filosofía: un encuentro entre el feminismo y el posmodernismo". Sin fuente.

Hooks, Bell. Mujeres negras. Dar forma a la teoría feminista. En: *Otras Inapropiables*. Madrid: Traficantes de sueños, 2004

Portocarrero, Gonzalo. La dominación total. *Debates en Sociología*, nro 10. 1985.

Rutte, Alberto. *Simplemente explotadas. El mundo de las empleadas domésticas en Lima*. Lima, DESCO, 1976.





COLECCION "MAESTRIA EN FANZINES"

FASCICULO 6

LIMA, 2015